

EL TRABAJO DE LA CULTURA Y LA VULNERABILIDAD PSICOSOCIAL

Sebastián Plut*

*“No cayeron tan bajo como temíamos,
porque nunca se habían elevado como creímos”
(Freud)*

Resumen

Partiendo de la pregunta acerca de la posibilidad de obtener algún tipo de comprensión psicoanalítica sobre problemas comunitarios, el autor desarrolla en este artículo algunas ideas que permiten comprender los hechos políticos y sociales desde la perspectiva freudiana. En particular se centra en los problemas relativos a la vida laboral en un contexto de crisis y vulnerabilidad psicosocial. Señala que el carácter crítico puede examinarse como un exceso, una incitación exógena im procesable por su intensidad, o bien desde la perspectiva del desarrollo de ciertas defensas (desmentida y/o desestimación).

Palabras Clave

Cultura / ética / pulsión social / liderazgo / trabajo

Summary

Departing from the question about the possibility of obtaining some type of psychoanalytic comprehension on community problems, the author develops in this paper some ideas to understand the political and social facts from the Freudian perspective. Especially he centres on the problems relative to the work life on a context of crisis and psychosocial vulnerability. He indicates that the critical character can examine as an excess, an incitement from outside very intensity, or from the perspective of the development of certain defenses (disavowal / repudiation).

Key words

Culture / ethics / social instinct / leadership / work

Introducción

En la materia “Ciencias sociales aplicadas a la problemática del desvalimiento”, que integra la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento, desarrollamos un

* Docente en la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento, UCES.
E-mail: stplut@ciudad.com.ar Telefax: 4827-5868.

programa curricular que transita desde la producción psíquica de lo social hasta las formas de mayor violencia con que lo exógeno irrumpe en lo anímico. Por un lado, entonces, desplegamos las hipótesis y fundamentos teóricos psicoanalíticos sobre la constitución del aparato psíquico y sobre los vínculos intersubjetivos. Por otro, nos dedicamos al estudio de problemas específicos: caída del Estado Benefactor, violencia de Estado, nazismo, procesos migratorios, desempleo, etc. Es decir, tratamos de establecer enlaces entre la dimensión subjetiva y las condiciones de existencia. Con ello, la propuesta consiste en cernir los aportes que el psicoanálisis puede hacer al estudio y la comprensión de los hechos políticos y sociales, en particular cuando estos resultan críticos. Por ahora señalemos que el carácter crítico puede examinarse desde la perspectiva económica como un exceso, una incitación exógena im procesable por su intensidad, o bien desde la perspectiva del desarrollo de ciertas defensas (desmentida y/o desestimación).

En este artículo me propongo retomar algunos de los problemas recién indicados. Para ello, en primer lugar apuntaré algunas ideas inherentes a la teoría psicoanalítica para pensar problemas políticos y sociales. Luego me centraré en los problemas del trabajo y las condiciones de vulnerabilidad psicosocial.

Para una teoría de los actos anímicos sociales

¿Es posible obtener algún tipo de comprensión psicoanalítica sobre un pueblo, comunidad o país? Creo que podemos respondernos afirmativamente, no obstante aclarar ciertas prevenciones. Básicamente, debemos cuidarnos de los riesgos de unificar lo heterogéneo y de abusar de pretensiones de abarcatividad. La reflexión psicoanalítica sobre los problemas sociales, sobre las ideologías, etc., no debe tornarse una cosmovisión, en tanto esta se trata de *“una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta”* (Freud, 1933, pág. 146).

Freud dedicó numerosas páginas a los problemas comunitarios y vinculares, muchas de las cuales consideran las vicisitudes societarias en el marco de las guerras mundiales. Así, aludió a la psicología de las masas, de los pueblos, al superyo cultural y los ideales, a las instituciones, a los actos anímicos sociales, a la cultura, a los líderes, a la ética, a la violencia, a la justicia, etc. Algunos de los interrogantes que se plantea, son: ¿Cómo se construyen los imperativos éticos y cómo hace una sociedad para sostenerlos?, ¿En qué se basa la cohesión de una comunidad?, ¿Cómo incide en el conjunto la falta de eticidad de los dirigentes?

En *El malestar en la cultura* Freud señala el irremediable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. Esta comprende la transformación de la naturaleza, la regulación de los vínculos y *“debe edificarse so-*

bre una compulsión y una renuncia de lo pulsional” (Freud, 1930, pág. 7). Ambas, compulsión y renuncia, conforman una serie complementaria, y de cada uno de los términos de la misma derivan problemas e interrogantes específicos. Por ejemplo, ¿en qué condiciones se consume una renuncia pulsional? ¿Cuál es la medida de renuncia necesaria? ¿De qué manera las personas interiorizan la compulsión? ¿Qué interferencias produce la falta de ética dirigenal en el proceso de compulsión y renuncia? La carga anímica que supone el proceso de renuncia pulsional tendrá, pues, tres destinos posibles: un parte logrará ser aliviada o reducida; con la que resulte inevitable habrá que reconciliarse y, finalmente, se obtendrá un resarcimiento por ella¹.

De la historia de la especie Freud conjetura que, ante la posibilidad de mejorar su suerte mediante el trabajo, el hombre tomó conciencia de la utilidad de la vida en común. Con el desarrollo y la progresiva organización de las sociedades se fue imponiendo a los individuos un conjunto de normas y requisitos para su participación comunitaria. Las normas éticas, garantes de la subsistencia de la cultura, cuya obediencia compete tanto a los ciudadanos como al Estado, pueden ser transgredidas tanto por los primeros como por el segundo, siendo la guerra, por ejemplo, una de las posibles ocasiones en que el Estado viola tales restricciones².

Freud se pregunta acerca del “*proceso por el cual un individuo humano alcanza un nivel superior de eticidad*” (Freud, 1915b, pág. 282) y señala que los fundamentos debemos buscarlos en sus mociones pulsionales elementales. Estas atraviesan un extenso proceso de transformaciones hasta su plasmación definitiva. Pueden, en el adulto, quedar inhibidas, orientadas hacia otras metas, mudarse de objeto, e inclusive volverse sobre la propia persona. En rigor, Freud sostiene que la “*aptitud para la cultura*”, esto es la transformación de pulsiones egoístas y agresivas por influencia del erotismo, responde a exigencias internas y a la compulsión externa. Esta última no solo influye por vía del amor sino también por recompensas y castigos, en cuyo caso el individuo puede desplegar una acción culturalmente buena sin haber tras-

¹ Dice Freud: “*Huelga decir que una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece*” (1927, pág. 12).

² Freud reseña las fuentes del sufrimiento según este provenga del cuerpo propio, de la naturaleza o de los vínculos con los otros. Esta última, dice, nos negamos a admitirla, no entendemos por qué razón las normas que creamos no habrían de beneficiarnos. De ello se derivan dos problemas: por un lado, la violación de una norma; por otro, la insuficiencia inherente a todo código normativo. Esto es, siempre habrá un resto no normativizable sobre el cual debe recaer, precisamente, el trabajo de la cultura. En otro texto Freud dice: “*dada la lentitud de las personas que guían la sociedad, no suele quedar otro remedio para corregir esas leyes inadecuadas que el de infringirlas a sabiendas*” (1926, pág. 221). En el ámbito de las empresas, ha sido Dejours uno de los que mejor ha detectado cuántas veces la transgresión de los trabajadores no revela tanto la intención de un fraude cuanto la inevitable insuficiencia de lo prescrito.

puesto dentro de sí sus inclinaciones egoístas en aspiraciones sociales.

A través de la indagación de la vida anímica infantil se ha podido acceder a los eslabones iniciales del sentimiento comunitario. El niño, imposibilitado de persistir en su rivalidad fraterna sin perjudicarse, es empujado a identificarse con los otros niños (hermanos, compañeros de escuela). Dicha rivalidad, centrada en los celos y la envidia, deviene en un incipiente espíritu comunitario en virtud de conservar el amor de los padres. Resulta elocuente una frase Freud: “...*la justicia social quiere decir que uno se deniega muchas cosas para que también los otros deban renunciar a ellas*” (Freud, 1921, pág. 114). Aquel sentimiento comunitario, entonces, deriva de un cambio de signo de un sentimiento inicialmente hostil en un sentimiento tierno.

El nivel superior de eticidad que Freud hace participar como requisito de la participación comunitaria supone el lugar para lo diferente. En este sentido sostuvo que “*podía suponerse que los grandes pueblos habían alcanzado un entendimiento suficiente acerca de su patrimonio común y una tolerancia hacia sus diferentes que <<extranjero>> y <<enemigo>> ya no podían confundirse en un solo concepto*” (Freud, 1915b, pág. 278)³. Para Freud el encuentro con una sustancia viva diferente pero químicamente afín permite el surgimiento de una tensión vital que se oponga a la tendencia a la inercia orgánica. También existe el riesgo de que el encuentro con lo diferente se torne mortífero si más que la afinidad en la diferencia se pretende la identidad⁴. Señala Maldivsky que “*la generación de la afinidad en la diferencia resulta una condición necesaria para el desarrollo de los procesos complejizantes*” (1997, pág. 356). La complejización anímica progresiva lleva a la generación de lógicas cada vez más sofisticadas que permiten encontrar la afinidad en la diversidad y, por el contrario, estructuras y procesos psíquicos y vinculares de menor complejidad conducirían a la confrontación y la aniquilación. Kaës (1995) ha descrito la inconsistencia de las representaciones identificantes cuando el contrato en que se sostienen no se mantiene, y dice que “*dicho proceso se acompaña de una desvalorización narcisística y en consecuencia de un rechazo de la identidad y de la alteridad internas*” (pág. 84). La reacción más intensa contra el surgimiento de la diferencia consiste en degradar un proceso anímico y vincular a la categoría de lo orgánico. Tal vez ello quede expresado en la situación en la que un jefe le dice a su subalterno “vos sos del riñón”, aludiendo a su pertenencia al equipo, a la confianza que se le brinda

³ Recordemos que para Freud el primer opuesto del amor es la indiferencia (1915a). Lo indiferente alude a lo no significativo y a lo no diferenciado. Luego, en la serie de los opuestos, le siguen el odio –como tendencia a la aniquilación del otro– y el ser amado –donde el otro es tomado como doble o auxiliar. Finalmente, la mayor cabida a la diferencia, entonces, coincide con el amor.

⁴ En términos globales, advertimos dos riesgos, uno derivado de la supresión de la diferencia y otro derivado de la abolición de la afinidad.

y a un requerimiento de identidad e indiferenciación. Se trata de una lógica según la cual los distintos miembros constituyen un cuerpo único y quedan desdiferenciados. Desde este criterio un paciente que padecía graves afecciones orgánicas se refería al conjunto de las empresas familiares como “la corporación”.

La tendencia a la unión –entendida como el encuentro de lo afín pero diferente- es un modo de neutralizar la fuerza de la disgregación y de la violencia. Así, de hecho, es como Freud ha descrito el origen del derecho, como poder de la comunidad, como unión de muchos (débiles y de potencia desigual) para enfrentar el despotismo del más fuerte (o bien la violencia individual). Dicha unión rápidamente debe encarar otro problema: ¿cómo logra ser duradera? Freud (1933b) anticipa que *“nada se habría conseguido si se formara solo a fin de combatir a un hiperpoderoso y se dispersara tras su doblegamiento”* (pág. 189). ¿Cuál es la meta de una unión dada? ¿Qué grado de complejización anímica y societaria está expresando? ¿Qué cabida tienen allí los diferentes intereses sectoriales? Los factores disolventes, como vemos, no poseen una presencia ocasional cuya aparición constituya una anomalía que deba sorprendernos. Por el contrario, debemos considerar el riesgo de la fragmentación y dispersión en permanente acecho y preguntarnos en cada ocasión cómo ha de surgir una alternativa diferente de la disolución. Las tendencias agresivas debemos contarlas entre nuestras mociones constitutivas; en cambio, los imperativos éticos son una conquista de la humanidad⁵.

En otra ocasión (Plut, 2000) me he ocupado detenidamente de la noción de pulsión social, pues resulta de gran valor para pensar tanto los problemas clínicos (sobre todo aquellos referidos a la intersubjetividad) como las vicisitudes institucionales, en particular, lo relativo a la organización del trabajo. De manera más o menos explícita en distintos textos Freud se ha ocupado de la pulsión social que, en definitiva, no es sino una composición que se deriva de su teoría pulsional y, en especial, en cuanto la libido tiende a formar unidades cada vez más complejas. Para Freud la pulsión social no es una moción primaria (originaria) e irreductible (a diferencia del instinto gregario). Se trata de una inclinación descomponible en elementos egoístas (autoconservación), eróticos (libido homosexual) y agresivos (rivalidad fraterna). Al mismo tiempo señala que el ser humano, más que un animal gregario, es un animal de horda, en tanto se destaca el lugar que tiene el jefe, líder o ideal.

⁵ El pensamiento de Kaës apunta en la misma dirección cuando afirma que *“en algunos individuos, la reivindicación de la individualidad es tanto más intensa cuanto más prevalentes y activas son las fuerzas de la masa. En esos casos, no existe en realidad identidad colectiva fundada sobre identificaciones mutuas, ni localización de adversarios sociales, y en consecuencia no existe tampoco identificación correlativa de sí mismo y del otro ... Solo subsisten explosiones efímeras, expresiones esporádicas, ni organizadas ni duraderas. Lo que se evita así es la continuidad de un movimiento organizador”* (1995, pág. 85).

La renuncia a la satisfacción pulsional impone una inhibición a la meta sensual. Las pulsiones sexuales de meta inhibida (ternura), por estar impedidas de una satisfacción directa, resultan particularmente aptas para la formación de lazos perdurables. Ello, más un tipo particular de identificación, son los fundamentos de la pulsión social.

Freud distingue tres modos de identificación. La identificación primaria, como forma originaria de lazo afectivo, la identificación secundaria y la identificación a partir de un elemento en común, siendo esta última la que participa en la formación del sentido comunitario. Es decir, la transformación de vínculos hostiles deriva de esta identificación recíproca “*bajo el influjo de una ligazón tierna común con una persona situada fuera de la masa*” (Freud, 1921, pág. 115). Podemos agregar que esta identificación por comunidad resulta de la constitución del superyó-ideal del yo (proyectado en un líder y luego introyectado) y posibilita una ligazón fraterna necesaria para el desarrollo de vínculos sociales y proyectos significativos. La libido homosexual (apartada de su meta sexual), apoyada en la autoconservación, “gesta” así la contribución del erotismo a la amistad, la camaradería, el sentido comunitario y el amor universal por la humanidad” (Freud, 1911, pág. 57). Esta cita aprecia un conjunto de representaciones-grupo con un grado creciente de abarcatividad y abstracción –de la amistad a la humanidad. Si la espacialidad se genera por un proceso proyectivo, la transformación complejizante del aparato psíquico genera un exterior, lo social, en el que el yo se inserta. La pulsión social, entonces, inviste un tipo de representación-grupo en el que el yo encuentra un ámbito para insertarse laboralmente⁶.

Asimismo, Freud (1921) sostiene que en la vida psíquica el otro puede quedar colocado en cuatro lugares: modelo o ideal, objeto, auxiliar o ayudante y enemigo o rival. Estos lugares se constituyen en el aparato psíquico de un modo necesario y no contingente, y el yo inviste con ellos a diferentes personas, primero pertenecientes al ámbito inmediato y luego a contextos cada vez de mayor abarcatividad.

Maldavsky señala que el pensamiento apocalíptico “*condena todo proyecto, toda iniciativa comunitaria que abra el futuro a lo posible, a lo nuevo, y pesquisa y magnifica en cada producción sublimatoria los restos de una voluptuosidad irrestricta, por lo cual dicha producción queda anatematizada como introductora de la disolución en los lazos sociales*” (1991, pág. 267). Cuando este tipo de pensamiento es encarnado por el líder se va plasmando un despotismo creciente correlativo de una degradación de las identificaciones recíprocas, de los ideales, e impone la fragmentación donde tenía vigencia la cohesión. El liderazgo se va envileciendo progresivamente ante la falta de respuestas adecuadas para hallar transacciones entre las tres fuentes

⁶ La actividad laboral sostenida en la pulsión social es un método apto para orientar la hostilidad en el sentido de lo útil.

de exigencias (aspiraciones sectoriales, de las tradiciones y exigencias de la realidad)⁷. En la organización o comunidad dirigida por un líder apocalíptico se va desestructurando la pulsión social, y uno de cuyos componentes –la autoconservación– se trastorna, como en el caso de las personas que perpetran el suicidio. Tal puede ser la situación de aquellos conductores que arrastran su empresa consigo hasta la tumba. El liderazgo apocalíptico se torna cada vez menos representativo, con los consiguientes efectos de supresión de la diversidad, la tendencia a una nivelación descomplejizante y la abolición de los nexos sociales de tipo solidario (requeridos para el trabajo en común). Freud, al respecto, consideraba varios elementos determinantes: a) el “aflojamiento ético” de los dirigentes, b) el modo en que dicho aflojamiento repercute en la eticidad de los individuos, c) pero también “*la credulidad acrítica hacia las aseveraciones más discutibles*” (1915b, pág. 288)⁸.

Desde el punto de vista del procesamiento defensivo cabe considerar tanto la desmentida como la desestimación. Un discurso basado en la desmentida a menudo se acompaña de un proceso desestimante de los fragmentos anímicos y comunitarios que sostienen la generación de lo nuevo, la instancia paterna y una racionalidad ordenadora.

En los grupos en que predomina la relación con un líder despótico, este funciona al modo de un psicótico proyectado. Cuando este personaje se halla retraído, el grupo queda sumido en la apatía; si aquel sale de la retracción hacia la restitución delirante, el pánico se apodera del grupo y, finalmente, cuando el psicótico inicia una nueva retracción, surgen estallidos de violencia. No obstante en cada uno de estos momentos puede desplegarse un tipo de violencia: en el primero, como forma de transformar la apatía en conexión con el mundo. En el segundo, el grupo tiende a ejecutar la voluntad del líder. Por último, cuando el líder vuelve a retirar la libido del grupo, la violencia tiene como meta la autoextinción.

En una carta a Arnold Zweig⁹, Freud le escribe: “*Ahora está todo tranquilo, la calma de la tensión, dicen, es como estar esperando en la cama de un hotel que arrojen el segundo zapato contra la pared. Así no se puede seguir, algo debe suceder. Ya sea que nos invadan los nazis o que termine de dorarse nuestro fascismo horneado en casa ... Todo ello me recuerda una historia: The Lady and the tiger, en la que un pobre prisionero aguarda en un circo a que le larguen el tigre o que entre la dama que habrá de liberarlo al elegirlo por esposo. El relato termina sin que se sepa si por*

⁷ Sobre la triple fuente de exigencias me extenderé en el siguiente apartado.

⁸ “¡Desdichado el país que necesita héroes!”, decía Bertolt Brecht en su *Galileo Galilei*.

⁹ Es interesante leer la correspondencia que Freud mantuvo con A. Zweig desde 1927 hasta su muerte. En ella ambos epistológrafos transmiten sus vivencias ante el avance del nazismo.

la puerta abierta de su jaula entran la mujer o el tigre. Esto solo puede querer significar que el desenlace ya no le importa al prisionero y que, por lo tanto, no vale la pena de ser comunicado” (Freud, 1968, págs. 72-3). Vivir supone sentirse amado desde dos fuentes: el superyó-ideal del yo y la realidad. Desde ambos lugares el ello significa su amor al yo, y si tales tributos no ocurren, el yo padece una desinvestidura (tanto desde el narcisismo como desde la autoconservación) que puede conducir-lo hacia el dejarse morir.

Crisis y trabajo

En un artículo sobre el desempleo (Plut; 2001) he propuesto el concepto de pulsión laboral para pensar la conjugación de mociones libidinales, egoístas y agresivas que se plasman en la actividad productiva. Creo que resulta pertinente teórica y clínicamente la construcción de dicha noción. Desde la perspectiva del concepto genérico de pulsión recordemos que para Freud se trata de una exigencia de *trabajo* para lo psíquico. De manera que si nos preguntamos qué es trabajo desde el punto de vista psíquico, la respuesta inicial aparece con la definición de pulsión. Freud también caracteriza a la pulsión como motor del desarrollo. En rigor, tomamos la pulsión laboral como un derivado de la pulsión social en tanto se despliega en el mundo del trabajo.

La perspectiva freudiana del trabajo no ha sido tan desarrollada. Desde esta línea de pensamiento nos encontramos con un conjunto de ideas de Freud que no han recibido la necesaria atención. La escasa literatura psicoanalítica sobre esta temática mayormente está orientada a problemas grupales y organizacionales. Quiero destacar, no obstante, los aportes de Maldavsky (2000), Malfé (1994) y Menninger (1943).

En ocasión de definir la salud y las metas del tratamiento psicoanalítico Freud distingue dos terrenos de pertinencia: el amor y el trabajo. También señala que ninguna acción une al individuo tan firmemente a la realidad como el trabajo, este lo inserta en la comunidad humana y regula sus vínculos y la distribución de bienes. En síntesis, pensar la actividad laboral desde el punto de vista psicoanalítico supone considerar el valor del trabajo en la economía psíquica, la importancia de la actividad en su relación con la naturaleza y su función en las relaciones intersubjetivas.

Algunos autores de orientación freudiana (véase Menninger, 1943) han puesto el acento en el concepto de sublimación. Para este autor el yo tiene que dirigir no solo los impulsos sexuales sino también tendencias agresivas. Si las mociones eróticas dominan lo suficiente, el resultado será una conducta constructiva; si los impulsos agresivos dominan, el resultado será una conducta más o menos destructiva. Entre los métodos disponibles para orientar las energías agresivas en una dirección útil el trabajo ocupa un lugar privilegiado. En *El malestar en la cultura* Freud (1930) examina la oposición entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura, de lo cual deriva una triple fuente de sufrimientos: del cuerpo propio, del hi-

perpoder de la naturaleza y de los vínculos con los otros. En ese mismo texto, así como en “Tipos libidinales” (Freud, 1931), plantea de forma sintética un modo de categorizar los estilos individuales: narcisista, de acción y erótico; según predomine la libido narcisista, la pulsión de dominio o la pulsión sexual. La satisfacción en el trabajo, entonces, puede derivar del reconocimiento obtenido, del producto realizado (por ejemplo, un artesano con su obra), o bien del placer por la cooperación. Entre tales alternativas hallamos combinaciones y conflictos diversos.

Para Freud la actividad laboral:

- Permite procesar la hostilidad fraterna, la libido homosexual, la libido narcisista y la pulsión de apoderamiento o dominio.
- Constituye un escenario en que pueden desplegarse los sentimientos de injusticia, celos, envidia y furia (por obedecer a una realidad contrapuesta al principio de placer).
- Cuestiona los vínculos adhesivos (que se acompañan de una falta de investidura de atención dirigida hacia el mundo).
- Permite desarrollar los sentimientos de pertenencia, la ambición y la creatividad.
- Es un modo de desarrollar los vínculos exogámicos, buscar reconocimiento social y lograr una independencia orgullosa respecto de la autoridad de los progenitores.

Dejours es uno de los autores que más ha desarrollado una concepción psicodinámica del trabajo. Inicialmente inauguró la corriente denominada Psicopatología del Trabajo que fue definida como “el análisis del sufrimiento psíquico resultante de la confrontación de los hombres con la organización del trabajo” (Dejours, 1998, pág. 24). Luego extendió los alcances de su investigación y su abordaje y optó por la denominación de Psicodinámica del Trabajo, cuyo objeto es “el análisis psicodinámico de los procesos intersubjetivos movilizados por la situación de trabajo” (*op. cit.*, pág. 24). En esta orientación toma como base un hallazgo de la ergonomía según el cual existe un desfase irreductible entre la tarea prescrita y la actividad real de trabajo. La organización del trabajo no es estrictamente sufrida por los trabajadores, pues todas las prescripciones y consignas se reinterpretan y reconstruyen. Lo central de los problemas estudiados por el análisis psicodinámico de las situaciones de trabajo deriva, justamente, del desconocimiento (e incluso la negación) de las dificultades concretas que los trabajadores deben encarar debido a la imperfección irreductible de la organización del trabajo. Desde esta perspectiva, entonces, el trabajo es la actividad desplegada por los hombres y las mujeres para enfrentar lo que no está dado por la organización prescrita del trabajo¹⁰. Esta visión lo lleva a cuestionar la división tradicional entre trabajo de concepción y trabajo de ejecución, en tanto todo trabajo

¹⁰ Ver nota 4.

siempre es, al menos en parte, de concepción. El trabajo es el fragmento humano de la tarea, del proceso, ya que se requiere allí donde el orden tecnológico y de las máquinas es insuficiente.

E. Jaques (2000), por su parte, definió al trabajo como “la actividad humana dirigida a la realización de metas específicas, requiere el juicio y el discernimiento al tomar decisiones”. En su definición se distingue: a) la actividad, b) que dicha actividad es “humana”, c) posee una orientación, d) supone un conjunto de requisitos, e) implica la toma de decisiones. Schlemenson (2002), quien se basa en este último autor, cita el *principio del trabajo* de Meissner, que se define como el “esfuerzo dirigido al logro de metas que sirven a propósitos y que poseen una medida de utilidad dentro de un marco de referencia personal significativo” (pág. 113). También cita investigaciones del campo de la biología, por ejemplo sobre las amebas, que han advertido la importancia para estos organismos de mantener una ligazón vital con el contexto a través del intercambio.

Ya nos hemos referido a la importancia del encuentro con lo afín pero diferente. Podemos agregar ahora que la actividad laboral cumple una importante función en dicho proceso. ¿De qué modo nos relacionamos con los otros de nuestro trabajo? ¿Qué ideales –en cuanto a forma y contenido– nos animan? El rechazo orgánico hacia lo diferente ataca todo aquello que pueda objetar la homogeneización. Cuando ello ocurre predomina un universo descualificado y en su lugar aparece un mundo de frecuencias que tiende a la monotonía. En ese caso cobra relieve el ideal de la ganancia y la desconsideración del componente subjetivo y de la conciencia. Así, cada uno solo tendrá el valor de un número¹¹. Si el otro, en cambio, es un doble del sujeto, hallamos un tipo de configuración grupal del tipo de la “masa de a dos”, tal como Freud lo describió para la hipnosis y el enamoramiento. Finalmente, si la proyección deja lugar a la palabra –al preconciente verbal–, surge la posibilidad de sostener lo diverso en lo anímico. Así, la tensión vital puede conducir hacia su supresión o bien al desarrollo de complejidades crecientes. Más adelante, expondremos una ilustración de la propensión a la eliminación de la tensión en las observaciones de Abraham. Si nos centramos en la forma de los ideales, podemos indicar que cuanto mayor es su grado de abstracción, mayor abarcatividad tendrá la representación-grupo que de aquel se deriva, y tanto mayor la distancia entre dicho ideal y la comunidad de la cual es su sostén. Cada individuo establece sus vínculos a partir de un tipo de ideal y su representación-grupo derivada. Ambos (ideal y representación-grupo) son una decantación anímica de determinada erogeneidad (Maldavsky; 1991).

¹¹ Si el ideal de la ganancia no se enlaza con otros ideales y proyectos, solo es expresión de los procesos pulsionales cuantitativos y no permite dotar de significatividad a la actividad productiva.

La historia cultural muestra que inicialmente la primera actividad del hombre fue matar y progresivamente, con el desarrollo de las formas de organización social, tuvieron lugar importantes cambios¹². Freud, al respecto, considera que fueron razones egoístas las que llevaron a concertar acuerdos recíprocos entre los individuos como modo de poner freno a las mociones destructivas. Las formas y métodos de organización laboral se fueron modificando en correspondencia con las formas de organización comunitaria. Cuando Freud señala que el trabajo une firmemente al individuo a la realidad está planteando, entre otras cosas, la necesidad de postergar el provecho personal en favor del bien común, o, al menos, la importancia de hacer concordar la significatividad anímica (individual) del trabajo con la significatividad comunitaria.

Avancemos pues en la consideración de los procesos institucionales. La teoría psicoanalítica sostiene la hipótesis de que las relaciones interindividuales tienen como fin privilegiado procesar las exigencias pulsionales y, secundariamente, las que provienen de la realidad y el superyo. En el caso de las instituciones, el triple vasallaje (que empuja a la complejización) proviene de las aspiraciones de grupos e individuos de la propia organización, de las tradiciones y de la realidad intra y extrainstitucional.

El modo en que una organización específica (y en especial su líder) dé cabida a estas tres fuentes de incitaciones (amos) contiene la clave para la generación y continuidad de proyectos. Cada uno de estos amos posee sus propios representantes en el seno mismo de la institución, respecto de los cuales el líder debe hallar caminos para múltiples transacciones. Los principales encargados de responder a esta triple exigencia son aquellos responsables de las decisiones principales (centralmente el líder).

Tales exigencias (las provenientes de las aspiraciones comunitarias, las tradiciones y la realidad) reúnen dentro de sí fragmentos heterogéneos, por lo que se advierte la complejidad de conflictos posibles. Así, pueden desarrollarse, por ejemplo, enfrentamientos entre representantes de las aspiraciones internas con representantes de las tradiciones (es decir, entre los representantes de distintas exigencias) o bien, entre los representantes de un mismo amo entre sí (por ejemplo, pugnas entre grupos que atribuyen diferentes significados a una misma realidad)¹³.

Por lo tanto, coexisten diversos factores (entre los que se producen alianzas, rivali-

¹² Dice Freud: “Después que el hombre primordial hubo descubierto que estaba en su mano mejorar su suerte sobre la Tierra mediante el trabajo, no pudo serle indiferente que otro trabajara con él o contra él. Así el otro adquirió el valor del colaborador, con quien era útil vivir en común” (1930, pág. 97).

¹³ Fácilmente podemos imaginar una reunión en la cual mientras unos proponen “queremos llevar a cabo tal proyecto”, otros responden “pero nunca lo hemos hecho así” y otros dicen “no tenemos presupuesto para eso”.



dades, desconocimiento recíproco, etc.) frente a lo que los decisores deben responder con una lógica cada vez más sofisticada. Los riesgos de fragmentación, entonces, también son numerosos.

Veamos, esquemáticamente, los problemas que advertimos en relación con la vida laboral y los conflictos sociales:

- 1) Relacionados con la disposición a trabajar: Freud refiere que *“el trabajo es poco apreciado, como vía hacia la felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia otras posibilidades de satisfacción. La gran mayoría de los seres humanos solo trabaja forzado a ello, y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas sociales”* (1930, pág. 80, n. 6).
- 2) Consecuencias de condiciones laborales críticas (desempleo, subempleo, trabajo precario, etc.): Aquí hallamos diferentes manifestaciones psicopatológicas posibles, tales como depresiones, adicciones, afecciones psicósomáticas, etc. En otro artículo he desarrollado extensamente las vicisitudes anímicas en torno de la desocupación (Plut; 2001).
- 3) La significatividad anímica del trabajo: Aquí hallamos estudios sobre el modo en que cada sujeto dota de una significatividad específica a su vida laboral. También advertimos la falta de significatividad cuando la cultura de la especulación trasunta como ideal de la ganancia y le resta valor y sentido al esfuerzo productivo anímico y comunitario.
- 4) Sufrimiento organizacional: en un número indeterminado de casos podemos afirmar que el funcionamiento organizacional, si bien no promueve de un modo franco el desarrollo psicopatológico, sí produce diversas formas de sufrimiento y/o malestar. Dejours se ha referido en este sentido a la *zona de malestar psíquico*. Aquí hallamos los estudios sobre *stress, burn out, mobbing*, etc.
- 5) Falta de soporte de los imperativos culturales: Este punto se correlaciona con los mencionados en segundo y tercer lugar. Si, tal como dice Freud, la cultura descansa sobre la compulsión al trabajo, los imperativos del superyo comunitario pierden su sostén al no contar con un número suficiente de buenas ocupaciones^{14 15}.

¹⁴ Me gusta la metáfora de Freud cuando dice que *“no se piensa de buena gana en molinos de tan lenta molienda que uno podría morir de hambre antes de recibir la harina”* (Freud, 1933b, pág. 196).

¹⁵ A. Monza define a las buenas ocupaciones como aquellas que son, al mismo tiempo, económicamente eficientes y socialmente equitativas (*Desigualdad y exclusión*).

Es los estudios sobre salud y trabajo se ha distinguido un conjunto de problemas cuyas diferencias muchas veces se establecen a partir de elementos descriptivos. En ocasiones se pone el énfasis en el tipo de ámbito laboral (por ejemplo, el caso de los trabajadores de la salud), en otras, en la sintomatología. A partir de los estudios sobre las consecuencias fisiológicas y psicológicas de los procesos de trabajo taylorista y fordista, se ha señalado el carácter nocivo de las rutinas reiterativas y monótonas y del ritmo de trabajo determinado por las máquinas. El-Batawi (1998), por ejemplo, estudió los fenómenos de ausentismo, despersonalización, afecciones psicósomáticas y psicóticas en los trabajadores que pasaron de la vida rural al medio industrial. Este autor describe el cambio exigido en términos del pasaje de la *“dependencia tradicional de los procesos naturales de la agricultura y el trabajo manual a la producción en serie, los horarios exactos, el ritmo rápido y la dependencia de energía y de la identificación con la tierra y los cultivos al ambiente impersonal de la máquina”* (pág. 16). Levi (1988), por su parte, destacó la importancia de la estructura y los procesos sociales en los que se originan los estímulos que afectan al organismo a través de su percepción y experiencia. Lazarus (1988) desarrolló la noción de *vulnerabilidad* para definir la tendencia de cada individuo a reaccionar ante ciertos tipos de acontecimientos o situaciones con estrés psíquico o con un grado mayor de estrés que otro individuo. Además de los grandes acontecimientos, como las guerras o catástrofes colectivas, cuyas consecuencias psicopatológicas han dado lugar a los estudios sobre las neurosis de guerra o las neurosis traumáticas, existen muchas situaciones rutinarias de la vida, incluidas las del contexto laboral, que no son factores estresantes para la mayoría de los individuos pero sí provocan trastornos en algunos otros. Las características de personalidad, para este autor, presentan diferencias interindividuales en cuanto a la propensión a sentirse dañado, amenazado o puesto a prueba, tres percepciones que pueden ser estresoras. Una de las variables de personalidad que Lazarus analiza es la pauta de compromisos característica del individuo. Los compromisos de una persona son la expresión de sus ideales y metas y de los caminos que se propone seguir para realizarlos. El grado de importancia de los compromisos influye en la vulnerabilidad al estrés, pues es más probable que se evalúen como una amenaza o un daño las situaciones que ponen en peligro compromisos fuertes que las que amenazan compromisos débiles. La manera como influyen los compromisos en la vulnerabilidad al estrés es compleja, ya que el compromiso no solo puede ser causa de vulnerabilidad sino también un recurso, en tanto protege contra el aburrimiento, la falta de sentido y la alienación.

Cabe agregar que Kalimo, luego de una intensa revisión de las investigaciones realizadas, señala que se *“han publicado pruebas de la relación que existe entre los factores de estrés profesionales y los síntomas psíquicos, pero no se ha confirmado una relación causal precisa”* (1988, pág. 26). Parecen interesantes los resultados de este relevamiento pues permiten, por un lado, distinguir entre *“relación”* y *“causa”* y, por otro, observar que la relación se daría entre los factores de estrés y los síntomas. La

noción de causalidad es compleja y requiere, a los efectos de comprender la etiología, la inclusión de los agentes estresores en un conjunto más amplio y heterogéneo. Al mismo tiempo es necesaria una mayor sofisticación de la lógica causal. La relación entre factor y síntoma conduce al interrogante sobre qué es lo que se modifica del aparato psíquico por la influencia social o las condiciones externas¹⁶.

Tomemos como ejemplo el *síndrome de fatiga crónica*, cuyo diagnóstico supone un período de fatiga mayor a los seis meses y un alto porcentaje de disminución del rendimiento (además de descartar otro tipo de enfermedades con efectos similares). Los estudios sobre esta patología ubican como precursores la excesiva exigencia, signos de agresividad e ideales desproporcionados. A partir de sus estudios sobre actividades monótonas, Dejours se pregunta cómo un trabajador podría soportarlas en tanto las rutinas reiterativas son opuestas a la dinámica biológica y psíquica. Dice: “¿Cómo es posible que un individuo normal tolere mentalmente un ciclo de operaciones que dura, como máximo, unos segundos y se repite durante horas, meses, años o toda una vida laboral?” (Dejours, 1988, pág. 71). Esta pregunta expresa con sencillez el drama cotidiano que también podemos apreciar en películas como *Tiempos modernos* o *La clase obrera va al paraíso*. En tales casos la tarea realizada no guarda ninguna relación con los deseos o fantasías del sujeto a quien le resultaría imposible la investidura pulsional de su trabajo más allá de la “catexia lateral de su salario”. La consecuencia de esta vida laboral, vía supresión de la actividad psíquica (lo que requiere un excesivo gasto de energía), es la fatiga. Es interesante señalar que Dejours no pone el acento en la carga física sino en la monotonía de las tareas carentes de interés, observación que lo lleva a concluir que no es el trabajo propiamente dicho lo que agota al sujeto sino la lucha contra la parte más vital de su economía psíquica. Al mismo tiempo, destaca que la amputación de la vida psíquica no es fácilmente reversible y resulta tan difícil llegar a ese estado que luego, lejos de abandonarlo, se lo traslada al tiempo libre (a través de exigentes actividades durante los fines de semana o la permanencia pasiva frente al televisor durante largas horas)¹⁷. Abraham

¹⁶ Dice Freud: “Por cierto se abusa en exceso del factor del surmenage, que tan a menudo los médicos indican a sus pacientes como la causa de su neurosis. Es por completo verdadero que si alguien está predispuesto a la neurastenia por unos influjos sexuales nocivos, soportará mal el trabajo intelectual y los empeños psíquicos de la vida, pero nadie se volverá neurótico por obra del trabajo o de la irritación solamente. Antes bien, el trabajo intelectual es un medio protector frente a una eventual afección neurasténica; justamente los trabajadores intelectuales más perseverantes permanecen a salvo de la neurastenia, y lo que los neurasténicos inculpan de exceso de trabajo enfermante no merece en general, ni por su cualidad ni por su envergadura, ser reconocido como un trabajo intelectual. Los médicos tendrán que acostumbrarse a dar al funcionario que se ha agotado en su oficina, o al ama de casa a quien las tareas se le han vuelto demasiado pesadas, el esclarecimiento de que no han enfermado porque intentaban cumplir con sus deberes, en verdad livianos para un cerebro civilizado, sino porque entretanto han descuidado y estropeado groseramente su vida sexual” (1898, pág. 265).

¹⁷ Dejours relaciona este estado mental con lo que los psicomatistas denominan depresión esencial.

(1918) comenta las observaciones de Ferenczi sobre las denominadas “neurosis de los domingos” y alude a aquellos que recurren a la sobrecarga de trabajo para protegerse de las exigencias pulsionales. Cita el caso de un militar que padecía síntomas neuróticos durante la inactividad de la trinchera y pedía su traslado al frente de combate. Finalmente concluye que *“cuando tales personas se ven forzadas a la inactividad por una enfermedad o un accidente a menudo la consecuencia es la manifestación de neurosis o el recrudecimiento de la ya existente. En tales casos la tendencia general es relacionar, desde el punto de vista etiológico, la neurosis con la enfermedad, el accidente o lo que haya sucedido en primer término. Pero podemos afirmar que, en muchos casos, durante el período de inactividad forzada la libido se ha impuesto al control del paciente”* (pág. 166).

En relación con el trabajo monótono, me interesa destacar, siguiendo los aportes de distintos autores (Freud, Maldavsky), el modo en que este tipo de actividad puede afectar la economía pulsional. El mapa pulsional del sujeto se caracteriza por la diversidad, si bien acotada, de sus incitaciones endógenas. Esta heterogeneidad *“implica numerosas tensiones y conflictos, así como hegemonías relativas, transitorias o duraderas. Tales hegemonías suelen dejar algún fragmento pulsional excluido del conjunto. A su vez, las pulsiones que se ensamblan en este conjunto se ordenan del siguiente modo: la dominante impone al resto su tónica erógena, mientras que las demás le aportan los placeres preliminares, aquellos que intensifican la tensión general. En cambio, las pulsiones no integradas al conjunto operan sabotando esta ensambladura e interfiriendo en los propósitos globales, con distinta fortuna”* (Maldavsky, 2002, pág. 31). No me centraré en esta ocasión en los factores determinantes de la hegemonía, sino que me interesa subrayar que el inventario de erogeneidades en cada sujeto supondrá una mayor o menor riqueza en cuanto a sus recursos estilísticos para responder a las exigencias del contexto. Estos estilos permiten distinguir, como decía Liberman, un sujeto idealmente plástico (combinación de estilos para un desempeño óptimo) del hiperdesarrollo de un estilo en detrimento de otros.

Desde esta perspectiva podemos estudiar el mundo del trabajo según los requerimientos que dirija hacia las erogeneidades del sujeto:

1. Puede darse una redundancia no coincidente con el componente hegemónico del sujeto. Allí se dará un desarreglo, un desorden pulsional, que deriva en la falta de concierto entre las tensiones en juego. En lugar de un incremento o conservación de la tensión sobreviene un encogimiento del conjunto. Como señala Maldavsky, *“las situaciones críticas insistentes que generan un estado de fatiga pulsional pueden no poseer un carácter desmesurado, pese a exigir fuertemente una respuesta que comprometa el ordenamiento libidinal previo”* (op. cit., pág. 33).
2. También puede ocurrir que las situaciones laborales enfatizen únicamente la he-



gemonía preexistente. En este caso, también puede sobrevenir un empobrecimiento pulsional por la pérdida progresiva de las tonalidades aportadas por las otras erogeneidades.

En ambos casos, por lo tanto, el riesgo es para la plasticidad psíquica.

Otra línea de investigación consiste en estudiar las situaciones de la vida laboral en el marco de las experiencias críticas. Podemos incluir aquí tanto la desocupación, como la amenaza de desempleo y también un número variado de vivencias en las que aparece la violencia. En este marco delimitamos tres parámetros para pesquisar la dimensión y el alcance de los hechos traumáticos: la posibilidad de desarrollo subjetivo (nexos con lo diverso), cómo y hasta dónde se ve trastornada nuestra cotidianidad y la relación entre incitación exógena y coraza de protección antiestímulo. Conviene explicar brevemente este último punto. Freud (1920) distingue dos tipos de estímulos externos insoportables. Uno de ellos perfora la coraza de protección y promueve un estado de dolor que impone una redistribución energética para contornear la zona de intrusión, neutralizar su efecto y lograr el restablecimiento. También puede ocurrir que el estímulo arrase con la coraza de protección por lo cual resulta imposible, al menos temporariamente, el esfuerzo de restablecimiento.

Estas hipótesis pueden complementarse con aquellas que Freud expuso sobre los dos tipos de trauma y combinan el vector de la intensidad con el de la frecuencia. En efecto, Freud afirmó que existen traumas derivados del impacto de un solo golpe y aquellos que resultan de la sumación de incitaciones menores. Tal diferencia podría corresponder, por ejemplo, a los casos de despido y amenaza cotidiana, respectivamente. Hemos observado que la amenaza de perder el trabajo puede potenciar la disposición a la adicción al trabajo como forma de procesar los componentes persecutorios y celotípicos. También puede ocurrir que se desplieguen tendencias inversas, tales como los vínculos adhesivos y una postura acreedora.

Comentario final

He desarrollado a lo largo de este artículo un conjunto de nociones y nexos en la tentativa de comprender los procesos culturales y sociales. Luego me centré en algunos de los problemas del mundo del trabajo. En síntesis, he intentado poner de relieve aquello que Freud denominó programa de la cultura, en tanto la comunidad de trabajo más las ligazones libidinales constituyen el modo de lograr la siempre parcial neutralización de la pulsión de muerte.

Bibliografía

Abraham, K. (1918) "Consideraciones sobre el artículo de Ferenczi acerca de las neurosis de los domingos", en *Escritos psicoanalíticos fundamentales*, R. Fliess (comp.), Ed. Paidós.

Dejours, Ch. (1988) “Trastornos mentales relacionados con el trabajo”, en Kalimo, R. *et al.*; *Los factores psicosociales en el trabajo*, Bélgica, Organización Mundial de la Salud.

Dejours, Ch. (1998) “De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo”, en *Organización del trabajo y salud* (Dessors, D. y Guiho-Bailly, M., comps.), Ed. Lumen HVMANITAS.

El-Batawi, M.A. (1988) “Problemas de salud psicosociales de los trabajadores en los países en desarrollo”, en Kalimo, R. *et al.*; *Los factores psicosociales en el trabajo*, OMS.

Freud, S. (1898) “La sexualidad en la etiología de las neurosis”, Obras Completas, Amorrortu Editores, T. III.

(1905) *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., AE, T. VII.

(1908) “La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna”, O.C., AE, T. IX.

(1911) “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia”, O.C., AE, T. XII.

(1913) *Tótem y tabú*, O.C., AE, T. XIII.

(1914) “Introducción del narcisismo”, O.C., AE, T. XIV.

(1915a) “Pulsiones y destinos de pulsión”, O.C., AE, T. XIV.

(1915b) “De guerra y muerte”, O.C., AE, T. XIV.

(1920) *Más allá del principio de placer*, O.C., AE, T. XVIII.

(1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*, O.C., AE, T. XVIII.

(1923a) *El yo y el ello*, O.C., AE, T. XIX.

(1923b) “Neurosis y psicosis”, O.C., AE, T. XIX.

(1926) “¿Pueden los legos ejercer el análisis?”, O.C., AE, T. XX.

(1927) *El porvenir de una ilusión*, O.C., AE, T. XXI.

(1930) *El malestar en la cultura*, O.C., AE, T. XXI.

(1931) “Tipos libidinales”, O.C., AE, T. XXI.

(1933a) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, O.C., AE, Tomo XXII.

(1933b) “¿Por qué la guerra?”, O.C., AE, T. XXII.

(1938) “Conclusiones, ideas, problemas”, O.C., AE, T. XXIII.

(1968) *Correspondencia Freud – Zweig*, Ed. Gedisa.

Jaques, E. (2000) *La organización requerida*, Ed. Granica.

Kaës, R. (1995) “El grupo y el trabajo del preconscious en un mundo en crisis”, en *Rev. de la AAPPG*, 1, XIX, 1996.

Kalimo, R. *et al.* (1988) *Los factores psicosociales en el trabajo*, OMS.



Lazarus, R. (1988) "Vulnerabilidad y resistencia individuales al estrés psíquico" en Kalimo, R. *et al.*; *Los factores psicosociales en el trabajo*, OMS.

Levi, L. (1988) "Definiciones y aspectos teóricos de la salud en relación con el trabajo", en Kalimo, R. *et al.*; *Los factores psicosociales en el trabajo*, OMS.

Maldavsky, D. (1986) *Estructuras narcisistas*, Amorrortu Editores. (1991) *Procesos y estructuras vinculares*, Ed. Nueva Visión.

(1992) *Teoría y clínica de los procesos tóxicos*, Amorrortu Editores.

(1996) *Linajes abúlicos*, Ed. Paidós.

(1997) *Sobre las ciencias de la subjetividad. Exploraciones y conjeturas*, Nueva Visión.

(1998) *Lenguajes del erotismo*, Ed. Nueva Visión.

(1999) *Lenguaje, pulsiones, defensas*, Ed. Nueva Visión.

(2000) "Procesos subjetivos en la adicción al trabajo y al endeudamiento", en *Actualidad Psicológica*, N° 280.

(2002) "Las situaciones críticas y la economía pulsional", en *Intervenciones en situaciones críticas*, (Beker *et al.*, comp.), Ed. Catálogos.

Malfé, R. (1994) *Fantásmata*, Amorrortu Editores.

Menninger, K. (1943) "El trabajo como sublimación", en *Revista de Psicoanálisis*, Vol. 1, N° 2.

Plut, S. (2000) "Pulsión social y trabajo" en *Actualidad Psicológica*, N° 274.

(2001) "La pulsión laboral y el desempleo", en *Actualidad Psicológica* N° 293.

(2002a) "Nuevas perspectivas en psicopatología del trabajo" en *Rev. Científica de UCES*, Vol. VI, N° 1.

(2002b) "La novela vocacional del adolescente", en *Actualidad Psicológica* N° 303.

Schlemenson, A. (2002) *La estrategia del talento*, Ed. Paidós.

Primera versión: 10 de diciembre de 2002

Aprobado: 7 de abril de 2003